

AGRADECIMIENTO.

Mi agradecimiento al honorable gremio de libreros, que con sus estanterías llenas de libros antiguos, de ocasión o segunda mano, nos facilitan el acceso a lecturas o conocimientos interesantes y ocasionalmente olvidados. En muchas ocasiones he pasado horas rebuscando entre sus tesoros, no siempre reconocidos ni valorados. Gracias por existir.

El autor

Prologo

Aunque me hubiera facilitado mi labor pensar en una librería en concreto, he querido salvaguardar el nombre de las que me han inspirado y centrarme en el lugar donde antaño, mas habían en mi ciudad.

Por lo tanto no intenten buscarla en la ubicación del libro, sin embargo si pueden encontrar varias librerías cercanas, aunque nunca tan famosas como cierta librería de Oporto, por salir en una conocida película. Como e dicho en Valencia hay muchas cercanas al lugar de los echos y todas ellas contienen auténticos tesoros (según para quien y si se saben buscar) todas las capitales tienen este tipo de librerías y yo aconsejaría perderse por alguna de ella. En el caso del relato que nos atañe el lugar y los nombres son imaginarios “aunque no tanto”.

Referente al relato, hay mucha realidad en las sectas o asociaciones que en ella aparecen aunque el conductor del hilo no sea real pero si, podría serlo¿?

Quiero pedir perdón a quienes se sientan ofendidos con mi relato, pero piensen que solo es una novela mas, sobre temas muy discutidos dentro y fuera de su entorno religioso.

En fin espero que sigan el hilo y disfruten con “ La traducción de Simeón”.

El autor

La traducción de Simeón

Miguel llegó a su librería y se encontró el candado que cerraba la persiana metálica, cortado y tirado en el bordillo de la otra acera. Miró por la gran ventana protegida por una tupida reja que servía de escaparate, pero no se veía nada del fondo y el escaparate tapaba la mayoría del local, no sabía que podía encontrarse en su interior y optó por llamar a la policía.

Debieron avisar a un guardia municipal que se encontraba en la cercana plaza de la Reina y acudió corriendo por la estrecha calle de la Sombra; con la respiración entrecortada preguntó.

- ¿Que ocurre?

- Mírelo usted mismo - contestó Miguel señalando el candado y la puerta.

El guardia hizo una llamada y en diez minutos se presentaba una brigada de la policía nacional, observaron lo ocurrido y provistos de guantes procedieron a abrir la persiana enrollable. Miguel se mantenía inmóvil frente a la librería y pudo ver que la puerta acristalada de madera estaba intacta, gracias a que confiaba en la persiana enrollable y no la cerraba con llave; el gran escaparate estaba intacto y seguía protegido por la fuerte reja, solo al fondo habían algunos libros en el suelo; un guardia se le acercó.

- ¿Es usted el propietario?

- Si yo soy, Miguel Torres Fernandez.

- Soy el subcomisario Abel, dejemos que el equipo hagan su labor y cuénteme que ha sucedido.

- No lo se he venido a abrir como todas las mañanas y me he encontrado el candado roto iba a recogerlo cuando me he dado cuenta que estaba cortado por una cizalla. No he querido tocar nada.

Yo le aconsejaría que compre otro candado mientras investigamos y se lo de al policía de la puerta el la cerrará, mientras tanto usted me acompaña a comisaria y realizamos el atestado.

- si... si.- Miguel tardó unos segundos en reaccionar, después se fue a una ferretería cercana y siguió las instrucciones del subcomisario comprando un candado mucho mas grueso. De vuelta lo entregó al policía y se marchó con el subcomisario.

No tardaron mucho en rellenar el atestado.

- ¿Cuándo sabré algo?

- Mañana por la mañana entro a las siete ¿si quiere venir antes de abrir? Le estaré esperando y posiblemente sepamos alguna cosa.

- Gracias agente, vendré. - Miguel hizo la mención de irse cuando el subcomisario le dijo.

- ¡AH! Don Miguel piense en quien ha podido hacerlo, tal vez el mínimo detalle nos ayude a solucionar el caso.

- Si, ya lo estoy haciendo.

Salió de la comisaría y se dirigió con paso firme nuevamente a su librería. Los policías estaban recogiendo ya habían terminado, se acercó al que le había entregado el candado y preguntó si ya podía recoger los libros. No le pusieron ningún impedimento y en cinco minutos desaparecieron de la calle. Miguel se quedó en la puerta confuso, no sabía que hacer ni por donde empezar, por fin se decidió y mirando a todas partes, como si fuera la primera vez que entraba en la librería, entró hasta el fondo y se quedó mirando, le dio la sensación que los ladrones buscaban algo en concreto, no habían tocado las revistas ni los tebeos, habían ido directamente a la parte trasera donde se encontraban los libros mas antiguos. Solo habían tirado un estante, como si quisieran demostrar su presencia. Miguel no lo entendía; lentamente se puso a recoger los libros al momento se dio cuenta que alguien le ayudaba. Era Vicentín un joven vecino del barrio.

Vicentín debía de pasar los veinte años, tenía un tic nervioso que le hacía mover la cabeza tirando del cuello, observarlo mucho tiempo molestaba. Le costaba hablar, sobre todo cuando estaba nervioso, su madre era viuda y se dedicaba a la limpieza, pues la paga de viudez y la pequeña paga de inutilidad de Vicentín no daban para mucho y mas teniendo en cuenta los precios de los alquileres.

- ¿Sabes leer? ¿lees los tebeos que te doy o solo miras los dibujos? - le preguntó Miguel.

- Se... se leer y los números también, terminé EGB.

- En ese caso ¿Puedes ayudarme a colocar los libros?

Vicentín movió la cabeza mientras soltaba un tímido ¡Si! La mañana terminó con los libros recogidos. Vicentín se fue pero antes Miguel le dijo que cogiera unos tebeos. Fue entonces cuando se dio cuenta que la puerta del cuarto posterior donde solía reparar los libros rotos o en mal estado, tenía la cerradura rota. Entró en la habitación que solo disponía de una ventana al patio interior y encendió la luz. Allí no habían tocado nada, probablemente habrían mirado los dos libros que estaba reparando y no debían de ser, los que estaban buscando. Al salir hacia la calle se acordó de la caja registradora, entró en el pequeño mostrador y comprobó que no habían tocado la calderilla que solía dejar como cambio, no se habían llevado las monedas ni los billetes, Miguel pensó que posiblemente ni la habrían abierto. Cerró la puerta y puso el candado nuevo. Dejó la Valenciana calle de Martín Mengot saliendo a la plaza Lope de Vega junto a la famosa Plaza Redonda de Valencia; su apartamento estaba en la no menos conocida como "Carrer Sistellers" típica por las cestas de mimbre y caña confeccionadas por hábiles artesanos. En las tiendas se mezclaban con muebles y juguetes de madera artesanos. Otras tiendas de bisutería, Zapatos o ropa de trabajo completaban una estrecha calle comercial.

Tras comer y descansar pasó nuevamente por la ferretería y compró una nueva cerradura para la puerta del cuarto de reparaciones.

Mientras reparaba la puerta y atendía a los clientes pensó en la veces que había dormido en el cuarto, antes de comprar el pequeño apartamento. El pensaba que había tenido mucha suerte al encontrar un apartamento a buen precio en el centro de Valencia pero el realidad el dueño lo vendió, por que nadie lo compraba por su pequeñez. No obstante Miguel disponía de una casa mucho mayor en la población de Sagunto (también llamada Murviedro) pero solo la había visitado una vez y tanto el polvo como los veinticinco kilómetros a que se encontraba le hacían desistir de limpiarla para habitarla.

Al día siguiente se presentó en comisaría preguntando por el subcomisario Abel, el policía de puerta le reconoció y lo hizo pasar.

- Pase ya sabe donde está el despacho.

Miguel dio unos golpes en la puerta, mientras escuchaba como el subcomisario levantando las posaderas de la silla le invitaba a entrar.

- Siéntese por favor- Miguel obedeció y el subcomisario levantándose y cerrando la puerta, regresó a su asiento tras la mesa y empezó a hablar.

- Bien don Miguel ¿o debo llamarlo Crispulo?

- No por favor, no me gusta ese nombre.

- Se lo cambió usted hace dos años.

- Si así fue cuando vine de Madrid y me instalé aquí, no me ha gustado nunca mi nombre y como aquí nadie me conocía creí que era el momento, como verá los apellidos no los cambié.

- Exacto sigue llamándose usted Torres Fernandez. Como su librería.

- La librería ya se llamaba así anteriormente pertenecía a mi tío, Francisco hermano de mi padre.

- Vamos a ver; usted vivía en Madrid hasta hace algo mas de dos años. ¿Puede contarme algo?

- ¿Me están acusando? ¿de que?

- No solo investigamos por si algún conocido... por favor cuénteme. Le diré que no lo acusamos de nada y que tampoco hemos encontrado nada quien o quienes lo hicieron llevaban guantes y no tenemos huellas ni pruebas. Eran muy profesionales ¿que se llevaron?

- Nada ayer coloqué los libros en su sitio y no he echado ninguno en falta. Solo un poco de trabajo.

- Pues no cabe duda que buscaban algo en concreto; por favor cuénteme algo de usted, tal vez así.

- De acuerdo, aunque no creo que le sirva de nada. Yo nací aquí en la población de Sagunto. Mi padre era impresor tenía poco trabajo, pero mi abuela le encontró trabajo en Madrid, por medio de su hermana casada con un madrileño de la capital, mi padre marchó las cosas le fueron bien y a los dos meses volvía a por mi madre y yo. Antes de venir seguía viviendo en el primer piso que alquiló mi padre. Mi madre falleció hace doce años y quedamos mi padre y yo. Estudié filología castellana mientras por las tardes a ratos solía ir a la imprenta donde reparábamos libros antiguos y algún incunable “estos solo los tocaba el dueño don Gaspar”. Entre la imprenta y la reparación el trabajo no faltaba y al terminar mis estudios don Gaspar me ofreció trabajo. No me lo pensé era lo que me gustaba, y me puse a

trabajar, dos años después a mi padre le detectaron Parkinson. El trabajo debido posiblemente a las impresoras electrónicas menguó y don Gaspar se jubiló con lo cual me vi en la calle sin cobrar despido, pero sí con dos años de paro. No encontraba trabajo para mi carrera y leí un anuncio, donde pedían camareros para un restaurante en la plaza Real de Madrid, me presenté y me cogieron con dos prorrogas estuve un año sirviendo mesas. Al final del mismo volví al paro, pero a los pocos meses falleció mi padre de un ictus. Estaba solo y el dueño del piso donde vivía quería por todos los medios que me fuera. Me puse a pensar en que mi vida debería cambiar, cogí la libreta del banco de mi padre y la observé, yo tenía poderes en ella. Comprobé que cobraban recibos desde Valencia. Mi padre no me había dicho nada; miré en una caja metálica de galletas que tenía sobre el armario ropero, allí ponía las cartas y las fotos más queridas, olía a tabaco, por los tres puros que contenía, los tiré y empecé a mirar las cartas y así me informé de que mi tío Francisco, el propietario de la librería había fallecido hacía cinco años nombrándome su heredero, mi padre había dado poderes a una gestoría de aquí y ella es la que se encargaba de todo. A mi padre le quedaban dieciséis mil euros en la cartilla fui al banco y unifiqué la suya y la mía.

Miguel se levantó mientras seguía hablando; Abel escuchaba recreado en su silla de despacho.

Tomó aire y siguió. Nunca tuve coche ni me hizo falta en Madrid, aunque en ocasiones utilizaba la Renault de la empresa, pese a disponer del carnet de conducir sigo sin vehículo. Llené dos maletas y dejé algunas cajas en una agencia. Dos semanas después les di la dirección donde debían mandarlas.

Cogí el tren y me vine a Valencia, busqué alojamiento cerca de la estación y también la gestoría donde cobraban a mi padre. El gestor resultó ser el hijo de la librería que estaba junto a la de mi tío, con sorpresa me enteré que pese a estar puerta con puerta eran más amigos que competencia. Don Tomás apuntó de jubilarse me ofreció unir los dos bajos comerciales y hacer la librería mucho más grande y atractiva. “Como era antes de que mi tío y el, comprasen la mitad cada uno”. El vive arriba y yo le pago un minúsculo alquiler por tener todo el local.

- Debo advertirle que es un poco sordo y es fácil que no haya escuchado nada esta noche. En fin poco más puedo contarle, desde hace poco más de dos años regento la librería Torres sin más. Nunca he tenido enemigos ni... nada.

- Parece que el caso sea simple anécdota si no fuera por que han roto el candado y han entrado - contestó Abel - en fin don Miguel espero que no le molesten mas.

- Gracias eso espero.

Durante un tiempo la vida de Miguel había vuelto a la tranquilidad, Vicentín lo visitaba diariamente e incluso atendía a algún cliente, cuando Miguel estaba ocupado con otros, terminó conociendo la tienda mejor que el propietario. Poco a poco Miguel le dejó cobrar y se cercionó de que a Vicentín no le ocurría nada que no fuera una enfermedad nerviosa, cuando estaba tranquilo se podía hablar perfectamente con el y apenas movía la cabeza. Miguel decidió hacerle un contrato de minusvalido y probarlo como ayudante. Para lo cual habló con su madre y esta aceptó. Vicentín no tubo que adaptarse pues ya conocía la tienda, pero Miguel disfrutó de tener compañía o alguien con quien hablar y descargar algo de trabajo.

Sobre las siete de la tarde entró una mujer de una edad cercana a los treinta y pocos años, delgada y con gafas, con el pelo negro recogido en una cola de caballo, su figura no pasó desapercibida para el librero. Miguel la vio entrar e ir buscando sin rumbo por la tienda, mientras valoraba los libros que había llevado un señor sobre el mostrador, acordaron el precio y le pagó. Vicentín llamó la atención de Miguel sobre la señora. Se acercó a ella-

- Puedo atenderla.

- Si, creo que si.

- ¿Dígame que busca?

- Un diccionario de Latín.

Miguel quedó un poco perplejo antes de contestar - ¿para que necesita tal diccionario?

- Necesito saber la traducción de unas palabras.

- ¿Me puede decir cuales son?

- La mujer se quedó mirándolo y preguntó ¿sabe usted latín?

- No mucho, por mi trabajo lo conozco un poco; pero no necesita comprar diccionario alguno ¿a pensado en consultar el diccionario de Googel.

- La mujer enrojeció, creyó que la habría tomado por tonta; ella utilizaba casi a diario el ordenador sin embargo no había reparado en que la solución la tenía a mano. La voz del librero la sacó de sus pensamientos.

- ¿Puede decirme que palabras son?

La señora sacó un papel del bolso diciendo.- Creo saber lo que dice pero quería salir de dudas, verá yo estudié Bellas Artes y me encuentro muchas veces con palabras latinas, pero no es lo mismo copiarlas, que saber su contenido, también a la fuerza he aprendido muchas, pero no soy una expertas. Tome estas son las palabras.

El Librero tomó el papel y leyó. **Tutela Fraternitate fiera.**

- Mire señora dijo apoyando el papel sobre el mostrador.

- Carmen por favor - dijo con una leve sonrisa, mirando por encima de las gafas.

- Miguel para servirla - contestó devolviendo la sonrisa - Carmen la traducción textual sería "protección, amigos o compañía, fiera o fuerte. Tengo aquí el portátil vamos a comprobarlo.

Miguel comprobó en el traductor de Googel y el resultado fue "**Hermandad protectora**"

- Está claro que mas o menos es lo mismo - contestó Carmen - pero por que ponerlo tras un cuadro con una cruz invertida.

Las palabras de Carmen despertaron la curiosidad en Miguel.

- ¿Quiere decir que alguien escribió esas palabras y puso la cruz tras un cuadro?

- Si alguien se tomó la molestia.

- Me gustaría ver el cuadro. Si usted me lo permite.

- Es un cuadro del siglo catorce pintado por Sanchez Coello. Lo estoy restaurando, es de un coleccionista particular. Yo tenía a Coello como un retratista y además muy bueno. Pero nunca había visto un cuadro como este. Si quiere verlo llámeme antes.

Carmen cogió un papel que había sobre el mostrador y anotó su número de teléfono y la dirección. A continuación se despidió estrechándole la mano. Hacía tiempo que Miguel no tenía contacto con una mujer y al sentir la mano de carmen algo le hizo recordarlo.

Vicentín propuso un plan a Miguel; quitar los libros que habían sobre unas mesas y acondicionarlas para leer, colocar un cartel en los cristales donde se dijera que por dos o tres euros al mes se podían leer todos los libros que quisieran dentro de la tienda.

Miguel no creía que la idea podría tener alguna ventaja, pero no quería desilusionar a Vicentín y accedió, en realidad vendía mas libros por correo electrónico que en la propia librería.

Ese viernes llamó a Carmen y concertó una cita con ella en su estudio, mandó a Vicentín a comprar un ramo de flores y a las siete cerró, cargado con el ramo se dirigió al barrio del Carmen, buscó la calle consultando el mobil y se introdujo en una calle estrecha, sabía que se encontraba en la entrada del conocido como “Barrio Chino” el número de la puerta pertenecía a un bar cerrado y por el abandono de la Puerta, debía estar mucho tiempo sin uso. Se percató de una puerta abierta a su lado, se separó y miró el edificio, tenía dos plantas y muchos años. En el papel de Carmen junto al número ponía, puerta uno. Entró en el estrecho portal y encendió la lúgubre luz. A su izquierda una puerta que debía dar al bar era el número uno, no tenía timbre y llamó con los nudillos. No tardó en abrir Carmen; llevaba el pelo suelto y una bata blanca. Miguel la vio mucho mas bella que cuando fue a la tienda sonriendo le entregó el ramo. Ella se hizo la sorprendida.

- No hacía falta...

- Si vas a compartir tu secreto conmigo es lo menos que puedo hacer.

Un señor salía del estudio. Tras darle dos besos en las mejillas se marchó saludando a Miguel. Este estaba mirando que tras la persiana y la puerta acristalada no quedaba nada de bar. Todo estaba diáfano con muchas alcayatas en las paredes donde habían colgados cuadros. Al fondo había mas luz, tres caballetes y una gran mesa junto a otra mas pequeña plegable; el olor a pintura lo impregnaba todo pero no molestaba.

- Puedo invitarte a algo, solo tengo cola, limón y agua.

- No gracias ¿era tu marido el señor que ha salido?

- No no estoy casada, era mi representante Juan Carlos, corredor de arte o el que me consigue trabajos claros y oscuros.

- ¿Oscuros? ¿quiere decir ilegales?

- En cierto modo si, me explicaré, algunas reparaciones se facturan como venta de cuadros, cuando en realidad no lo son; son reparaciones.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

